

EL IDEAL

PATRIA Y REPUBLICA—MORALIDAD Y JUSTICIA

Unión republicana.—Federación Ibérica.—Procedimiento revolucionario.—Cortes Constituyentes.—Respeto á la legalidad republicana.

AÑO I.—NUM. 171

TODA LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ EN ESTA FORMA

EMILIO PRINYO Y VILLARREAL

Martes 19 Septiembre 1893

CAPELLANES, 1.º SEGUNDO.—MADRID

POR LA IDEA

EL 19 DE SEPTIEMBRE

Residia entonces la corte en la Granja. Se encontraba Sagasta en San Ildefonso, cerca de La boca del asno. El ministro de la Gobernación dormía á pierna suelta, y el capitán general de Madrid era asiduo concurrente á las funciones de ópera barata celebradas en el teatro de la Alhambra. De pronto, estalló la rebelión. Tropas de Carretero y de Albuera se echaron á la calle en defensa de la República.

La traición de algunos, el miedo de varios, el egoísmo de otros, detuvo en su marcha la iniciada Revolución republicana, y apenas comenzado aquel despertar de la dignidad política de España, se vió de pronto interrumpido, y volvió el país al caro sueño de los Sagastas y de los Cánovas, *ad majorem regenti gloriam.*

Nos vancioron aquella noche, y continuamos vencidos. Las tropas sublevadas se vieron envueltas por la derrota, que aún no ha tenido la satisfacción del triunfo, y con motivo de nuestro fracaso hablaron de los perturbadores del sosiego público varios apreciables monárquicos, entre ellos algunos de los que entraron en la restauración sin camisa y se encuentran ahora millonarios.

Poder de la fatalidad en el mundo! Triunfan á veces la fuerza del inmoral sobre la del entusiasta; la del aventurero sobre la del convencido; la del negociante sobre la del patriota. Los soldados republicanos del 19 de Septiembre sucumbieron como traidores, y quedaron con leales Paría, el del 3 de Enero; Martínez Campos, el del 30 de Diciembre; Sagasta, el de todas las fechas, porque en todas las memorables hay alguna traición del jefe de los fusionistas.

Nosotros, los del crimen; nosotros, servidores reales, los de la lealtad! Ah, vuestro patriotismo, alfonosino, es indisculpable! Fuisteis cantos males, carlistas, llegasteis hasta el anarquismo, para desacreditar la República. Distéis de puñaladas á la Patria para agujerear la toga democrática con que se envolvía el cuerpo nacional; pero pasados aquellos tiempos, habíais de lealtades, de nobleza, y sobre todo, de orden público. Queréis el orden público? Necesitan vuestras manos nunca ociosas y vuestros estómagos siempre repletos.

¿Nosotros, cortesesanos de la razón, que ahora es el vale á ser cortesesanos de la desgracia, recordando la fecha del 19 de Septiembre, lloramos amargamente la derrota, no por el propio interés, sino por el interés general de todos los españoles.

Vencedora la República en aquella noche infame, España no se vería ahora arruinada, intranquila, próxima á la desesperación. De qué triunfaran los leales monárquicos han sacado como provecho: los agricultores la necesidad, los industriales la miseria, y los jornaleros el hambre. Triunfó la ley monárquica, y el país se ha quedado sin cañiles. Se restableció la paz pública, y los españoles apenas si tenemos que comer. Maldita paz esta, durante la cual, hilo á hilo, se escapa de España la poca sangre que le queda!

¡Ah, decididamente no queremos la paz de los vencedores del 19 de Septiembre! Por eso en el aniversario de aquella fecha insistimos en la guerra. Y ahora contamos con la mayoría de los votos, porque no hay pueblo en España, que no piense en la apelación á la fuerza contra este régimen caduco, contra esta política de pandillaje. Ya no es el fusil arma de un partido; es arma nacional. En todas las regiones se manifiestan los pareceres á tiros y á cantazos. La República se ha hecho de uso corriente. La revolución está en todos los cerebros fuertes y en todos los corazones sanos.

El 19 de Septiembre fueron unos republicanos. Mañana será el país entero. Por eso, al escrutar nuestra conciencia, no encontramos en ella nada que nos acuse. Al contrario, nos enorgullecemos de pensar que hace muchos años sostuvimos lo que ahora sostienen todos los españoles independientes. Que es preciso destruir rápida y fuertemente esta situación que nos arrastra al envilecimiento y á la miseria.

Obra fácil en las actuales circunstancias, pues desde el 19 de Septiembre, España ha caído mucho, y los españoles comprenden qué festejo humillante gradual se debe á lo que pesa la monarquía.

Allá, en África, reposa el cuerpo inanimado del caudillo de la rebelión de 1880, aún después de muerto, reclinado en la fortaleza, como si ciertos odios quisieran dilatar su infortunio hasta la eternidad; pues bien, el cadáver de Villacampa, nuestro inolvidable general, tiene más vida que esta monarquía que nos cobra, monarquía muerta en pie, según la frase del poeta.

DESENGAÑOS

Razón tuvo quien dijo que detrás de una ilusión viene siempre un desengaño, y cuán cierto es que no hay felicidad completa en esta vida.

El Sr. Castelar, que según declaraciones, cifraba todas sus esperanzas en el Gobierno liberal, y, sobre todo, en la gestión económica de *nuestro triguero*, dice ahora, según un telegrama de San Sebastián, que ha perdido toda su confianza en la política actual.

Horrible desengaño! El, el apóstol auténtico de la democracia, la verdadera Tia Jaciera,

como si dijéramos, sufriendo la triste decepción que el fracaso del Sr. Sagasta representa para la vida de las instituciones.

El, el eminente tribuno, autorizando la apostasía política de su partido, inclinándose humildemente ante el Palacio de los reyes, verso hoy obligado á declarar que ya no espera nada del Gobierno liberal... ¡Triste, tristísimo desengaño!

Todas las ilusiones, todas las halagueñas esperanzas que le hicieron concebir las hipócritas promesas de un Gobierno sin principios ni decoro político, todas se han trocado en tristes desengaños por la fuerza invencible de los hechos.

El Sr. Castelar se consideraba feliz sirviendo de balancín á la monarquía y prestando su apoyo al Gobierno liberal; escribía cartas de felicitación á los ministros por su patriótica obra, animándolos en la empresa. Seguía, en fin, la conducta del más perfecto ministerial; pero muy pronto la negra realidad se ha encargado de demostrarle cuán difícil es que un Gobierno monárquico pueda hacerse democrático y sea capaz de mejorar la afectiva situación del país.

Esto le faltaba al pobre D. Emilio para que su historia política quedara dignamente terminada.

Ya no pedirá que el partido liberal continúe en el Poder hasta la mayor edad de Alfonso XIII; ya no se reirá, como antes lo hacía, de la Unión republicana y de la patriótica actitud de los dignos patriotas que, sin descanso, trabajan por el advenimiento de la República, como único remedio para mermar las angustias de la Patria.

Tal vez sobre su conciencia pesa hoy algún remordimiento por su conducta de estos últimos tiempos. Acaso experimente ahora las tristes consecuencias de sus propios desaciertos.

Sea de ello lo que quiera, es evidente que el Sr. Castelar se ha equivocado una vez más en sus profecías, y por consecuencia, nos parece que los aires de profeta que siempre se ha dado, proposticando para su Patria cosas que nunca han ocurrido, desaparecen ahora para siempre del juego de la política actual.

Después de declaración tan importante, es indudable que el Sr. Castelar no consentirá á ninguno de sus amigos figurar en un Ministerio presidido por el actual jefe del Gobierno, que por algo el Sr. Sagasta ha perdido ya la confianza del padre de las apostasías.

Bien es verdad que cosas más gordas se han visto, y los posibilistas traspasados que siguen las inspiraciones del Sr. Castelar son capaces de todo, con tal de sentarse en la gran mesa del presupuesto.

TIJERETAZOS

El Imparcial, con fruición, recordando sin duda lo de la quema, escribe: «Se nos acordó ayer por un artículo publicado el día anterior por el citado periódico.

Anoche acudieron al director del colega en demanda de una rectificación categórica, que éste les negó.»

Poco á poco, caro colega.

En primer lugar, sólo había motivo para hacer una ligera aclaración del sentido del artículo en cuestión.

Y en segundo lugar, nos consta que los vendedores se acercaron á la redacción del colega con objeto de que publicase la rectificación que ellos apetecían y que llevaban escrita.

¿Por qué no la ha publicado?

Apelamos á su buen criterio en este asunto, y comprenderá de parte de quien está la razón.

Dice La Iberia:

«El IDEAL nos pide que le avisemos cuando pensemos mover las ruedas del molino, para escaparse.»

El movimiento de esas ruedas dependerá del de los revolucionarios.

De modo que el apreciable colega es quien tiene que dar el aviso.

Lo tendremos en cuenta.

Nuestra primera visita será á la redacción del colega.

Para ver funcionar esas famosas ruedas.

Y sigue el diario fusionista:

«Pero no avisarás.»

Los revolucionarios están quedos.

Toda la fuerza se les va por la boca, y es claro.

«Están inmóviles!»

«¿Imóviles?»

«En cambio, los monárquicos, ¿cómo están?»

«¿Sensocientos?»

«¡Ah!... con extraneza.»

«A causa de las recientes interrupciones de las vías férreas no han podido llegar á Madrid cuantos generos de consumo por ellas vienen, siendo esta la causa de la baja que estos días se nota en la renta de Consumos.»

«¡Picaras interrupciones!»

«Elas son las que tienen la culpa de todo.»

«Ya verán ustedes cómo se arregla la cosa en cuanto estén expedidos los tránsitos.»

El Correo, exponiendo su parecer acerca del arrendamiento de los Consumos en Madrid:

«Ganaría el Ayuntamiento, y estarían de pésame los mataderos de todas las especies y jeraquías.»

«Hermosa confesión!»

Cuando el Ayuntamiento recauda la contribución de Consumos, están de o. horabuena los mataderos.

De todas jeraquías. Hasta los que constituyen la corte celestial. Que es la más alta jeraquia del gremio.

Cortamos de nuestro querido colega la Correspondencia Militar:

«Decía no hace mucho el inflado ministro de la Gobernación que si el ejército, ó parte de él no se alzaba en rebelión, lo demás tenía su cuidado, porque para sofocar y vencer los escándalos, motines y aun la revolución con que amenazan los paisanos, le bastaban los agentes de Orden público y policía.»

A parte la fanfarroada de este Goliat de cartulina, la verdad es que el Gobierno aún no ha desechado el miedo á que, estornudando el ejército, miedo parecido al que sienten los criminales cuando ven una pareja de la Guardia civil.

Pues con estas humedades se resucitan los catarras que es un primor.

Con que á estornudar.

Y fuerte.

Leemos en La Correspondencia de España: «El subsecretario de Gobernación, Sr. Alonso Castriño, ha dirigido un telegrama al gobernador de San Sebastián, recordándole que no debe permitir el juego del bacarrat y del treinta y cuarenta en el Casino de dicha ciudad.»

Se conoce que al Sr. Barrio se le ha olvidado. ¿Qué flaqueza de memoria!

¡Ojo al fiscal!

Copiamos de El Liberal:

«San Sebastián 18 (6,31.)»

Las investigaciones hechas para averiguar si la reina mandó algo y cuánto para los damnificados de la Mancha, no me han dado resultado alguno.—Peña.»

No sabe su ed. querido colega, lo que cuanta meterse en ciertas averiguaciones.

LA COPLA DEL DIA

¡Vendedores de EL IDEAL!

¡Escuchadme un momento!

Lo que anoche ocurrió me ha sorprendido, y os digo, con franqueza, que lo siento, porque hace dos minutos he sabido que fuisteis instrumento de gente que recibe su salario por matar á la fuerza este diario.

Vosotros, que seguís nuestra campaña, por ser EL IDEAL el más valiente de todos los periódicos de España, no hagáis caso ninguno de esa gente que, con horrible saña, viene que las denuncias no hacen mella, quieren con el metin armar querealla, colocando á los dignos vendedores enfrente de estos pobres escritores.

Este, á mí, no me pasma, porque, quién no comprende el día tan horrible que hace EL DUENDE en colaborar con EL FANTASMA?

Tiene que despertar á esos señores un renor furibundo, ver á los vendedores vendiendo EL IDEAL, y á todo el mundo, al oír pregonarlo, pagar su perro chico y devorarlo.

Este no es daros pinto ni querernos mostrar presu. lueas; ¡ah! pero todos vosotros lo habeis visto, y hasta debéis estar bien orgullosos.

Y si esta es la verdad, pura y sincera, como ya he demostrado, seguid con valentía á nuestro lado sin dejaros timar de esa manera.

¡No sed más inopetentes instrumentales! ¡Hacedme caso, chicos!

¡Al que os venga con obisimos y con cuantos le «largais» dos «patás» en los hocicos!

EL DOCTOR CENTENO.

Desde el Castillo de Corcaelmar á 17 de Septiembre de 1893.

Apreciable Director de EL IDEAL:

Estoy tan nervioso como toda la gente de esta casa; no es comparable la electricidad acumulada aquí con la que produjo las tormentas de Villacañas.

Desde que el viejo pastor tomó el camino para esa, disfrazado de guardia civil, se nota algo de ofandad; porque al fin y al cabo nos cubría con su capa y teníamos á quien echar la culpa de todo, aunque á diario nos proporcionaba un disgusto; pero hoy tenemos los mismos ó más sinsabores, sin que las conversaciones telefónicas sean suficiente lenitivo.

Insistir sobre esto sería tonto; ya puede usted imaginarse todo lo demás.

Voy á hablarle poco de política en general, y me concretaré á la intervención directa de ella en ciertas cosas.

Primeramente le diré á usted que esos duques rusos que han venido, cayeron sin darse cuenta, bajo las simpatías de la turca, estableciendo una comparación odiosa, como todas, en que sale perdiendo de la duca de este palacio.

Son gente de talento, y les ha bastado pulsar la opinión y respirar esta atmósfera de indiferencia hacia nosotros, para conocer el terreno que plan y medir la importancia del paso que van á dar.

Me refiero al casamiento del hijo de los duques rusos con la mayor de las niñas de ella, que ya es una mujercita.

Por lo pronto, su alojamiento no han querido que sea en este palacio, y aunque el bizco se adelantó á Biarritz para recibirlos, ellos le dieron de lado con toda la cortesía y la frialdad que son características de esta gente del Norte.

Ella sueña con la tal boda, y ahora son todos los mimos y todos los cuidados para la niña, hasta el punto de que me resulta una mamá de las que pinta Luis Taboada, exhibiendo á sus hijas con moños y cintajos en todas las reuniones.

Por esta predilección, se encuentra abandonado el chiquitín; y esto no necesito asegurarlo yo, porque ya verá usted, en telegramas y cartas oficiosas, que de todo se ocupan menos del pobre niño, precisamente cuando más se acentúan en él ciertos síntomas.

Le juró á usted que es el único que me dá pena.

Dos ó tres veces he salido á la playa con objeto de presenciar el baño, y apenas aquel cuerpecito desmadado en traba en el agua, cambiaba su color amarillento por el morado más subido, agarrándose sus miembrecitos de un modo horrible.

No he querido verlo más.

El otro día habló ella con el inglés de los astilleros, y adivinamos que la causa de que el *Maria Teresa*, se artillase en el Ferrol, es la de que allí cobraría en el acto la Compañía, mientras aquí, por lo visto, no hay dos pesetas, y como somos accionistas...

¿A que no sabe usted con quién celebra más conferencias telefónicas? ¡Con Segis mundo!

¿Que por qué? ¡Porque también tenemos parte en las dos grandes compañías que se ocupan de los barcos y de los pitillos!

¡Ah también nos interesan mucho los empréstitos! Y se harán, ¡vaya si se harán!

Dejando esto y ocupándome ahora de lo de las inundaciones, le diré á usted que ella lo ha sentido mucho. **MUCHÍSIMO**, tanto, que al día siguiente remitía... un telegrama muy expresivo, mientras enviaba á su tierra un cofrecito lleno de alhajas.

Esto es histórico: lo he visto yo con estos ojos diminutos que á todas partes llegan.

¿Qué más?

¡Suyo invisible!

EL DUENDE.

¿No habéis visitado nunca una sala de disección? No habéis contemplado en sus marmoreas mesas cuerpos humanos que, abiertos como las hojas de un libro, invitán á leer en sus visceras y en sus tejidos, en sus nervios y en sus organismos, tristes verdades y dolorosas consecuencias de nuestra pequeñez? No habéis sentido nunca el frío contacto del cadáver, que atraves nuestras carnes como si quisiera robar en nuestra vida una chispa de fuego, un átomo de calor, que le arranque de su quietismo?

Pues venid conmigo; dejad fuera del triste recinto la preocupación, ese vago temor que infunde la muerte; prescindid por un momento de la sensibilidad ante la miseria, de la repulsión ante la podredumbre, y mirando en vosotros los sentidos que os alejan de la máquina descompuesta, avivad la sed de la ciencia, el afán del saber, la impetuosa necesidad de descubrir un algo, y entrad, pisando fuerte, no en la mansión de la muerte, sino en el templo de la verdad. No encontrareis allí ni amarillos blandones, ni negros paños; nada de llanto que contagie vuestro corazón; las lágrimas no traspasan el dintel del antitéatro más que raras veces. Una de ellas es la que voy á contar.

Mengáñez era un alumno que andaba siempre á pesca de cadáveres: próximo á terminar la carrera, había escogido para lo porvenir una especialidad, y el estudio de determinada parte del organismo le hacía reclamar para sí un cuerpo donde buscar, donde aprender. La mejor noticia que podía darle Mariano, el activo mozo de la sala, era la de que le había reservado uno; y uno á uno pasaron por sus manos tantos muertos, que Mengáñez hacía presagiar por su constancia, un operador de nota, un *alguen* en medio de tantos *nadies* que, al revés que él, guardaban un trato con los maestros, para después de conseguido el título.

Vestido con blusa de disección, inclinado sobre la mesa, centelleantes los ojos por la sed de ciencia, seguro el pulso por la costumbre y la atención, tenía Mengáñez algo de extraño, de sobrenatural; parecía el adivino que lee en las sonámbros de la cábala, el profeta que mira á través de los siglos y descubre mundos, pueblos, y costumbres de una sola ojeada.

En el imperceptible curso de un filete nervioso adivinaba Mengáñez la marcha de la fuerza á un centro; el veía el delgado hilo atravesar pequeñas células, perdidas como se pierde el arroyo para luego aparecer llevando la vida y el impulso á un núcleo mayor, como el río que muere en el mar.

Mengáñez escribaba con el escalpelo hasta donde la deficiencia material le permitía, y al llegar al límite; hasta el punto en que la ablada punta obstruye en vez de descubrir, en que el filo parte sin disecar, Mengáñez arrojaba los instrumentos quirúrgicos y, no ya con los ojos, que trataban por más allá; no con la vista material, que nada veía, sino con los ojos de la inteligencia, con la vista de la razón, proseguía interrumpidos cursos y veía las extrañas anudaciones de los tejidos en las microscópicas células.

Aquella tarde me llegó al antitéatro, ansioso de estudiar en mi amigo, como él lo hacía en los cadáveres, me llevaba allí, como á él, el afán de observar, si bien yo estudiaba la vida que se manifiesta en actos, y no la que se deja adivinar en la inercia. Esperaba verle en aquella interesante situación que infundía en él el trabajo; necesitaba verle en su imponente grandeza, para traducir los rasgos de su carácter en una obra mía. Yo iba en busca del que me reservaban todos los días, y no le encontré.

En la mesa de Mengáñez vi un cadáver lavado en una sábana, y casi sobre él, con la cabeza en el duro mármol, cubierto el rostro con las manos, estaba Mengáñez. Quedéme parado; ni el ruido de mis pasos en las losas habían distraído á mi amigo; le llamé; no sé qué extraño presentimiento me infundió cierto religioso respeto, no usado en aquel lugar, y de puntillas, sin mover ruido, me llegué á tocar en el hombro al estudiante.

Mengáñez levantó la cabeza, y con la voz del que despierta de fatigosas pesadillas: ¡Hola! —me dijo, sin contener el llanto que ahogaba.—¿Qué te pasa?—le pregunté.—Me miró asombrado, con ojos de idiota, y preguntando sus labios con una sonrisa indecible, más parecida á un gesto de dolor que á una expansión alegre, murmuró estas frases incoherentes de opaco eco.

¡Ella! ¡Mira! ¿qué bonita está!—Mire el cadáver. ¿Fue la luz que le hería de lleno? ¡Fue mi estado al ver á mi amigo? No lo sé; quizá una reciente herida de mi corazón, que se abrió de nuevo; pero al ver á aquella mujer, sobornadamente hermosa, lloré también; un pudor inconsciente me hizo cubrir su pecho, y Mengáñez, al sentir en mí cómo repercutía su dolor, ¿no la conoces—me dijo—y lloras?—Vámonos, repliqué, temblando por mi amigo, que daba lástima en su aflicción.—¡Si, vámonos—contestó dando un suspiro—vámonos, y ya te contaré quién es ella.

Un dejo de Mengáñez acompañado á sus últimas frases, y salimos de allí silenciosos, como el que sale de la alcoba de un enfermo.

Fue una historia dolorosa, una de esas confidencias que dejan en el alma el amargor de la hiel y la desconanza en ciertas afecciones, las más santas.

Mengáñez, hijo de un soldado, de un fiel asistente del general X, se había criado en casa de éste, entre el cariño de su padre, la rigida autoridad del jefe y el cariño de Elena, la hija del veterano, que en su niñez veía en el hijo del compañero de su padre, no el heredero de la servidumbre, sino el hijo de quien cien veces expuso su vida por salvar la del bizco militar.

En apartado pueblo de Aragón, en honrado hogar, dulces transcurrieron los primeros días de Mengáñez; Elena y él crecieron juntos como juntos crecen en el valle la aristocrática camelia y la humilde ortiga; como las plantas que de la misma tierra sacan sus jugos, como los tallos á los que mece la misma brisa, se atraen y se estrechan, el cariño de los dos niños confundidos en sus caricias, era el nuevo lazo que unía las almas de los dos viejos soldados.

Ninguna sombra empañaba la vida de aquellos cuatro seres que formaban una sola familia; pero Elena creció; elevóse la camelia sobre la ortiga; el viento, acaso, cantó entre sus hojas el himno á su belleza, y nació el orgullo en la flor, que desdenó al pobre brote que la apoyó en su principio. Mengáñez trocó por ardiente pasión el fraternal cariño que á Elena le unía, y con la primera manifestación de la orgullosa actitud de la aristocrática, colució el primer sueño de amor en Mengáñez.

Trocóse por completo la vida de aquellos dos seres, y el desprecio de Elena rehuyó á la presunción del que un día fué su hermano. Después, luchas sin cuento, crueles horas en que la razón y el corazón batallan, y Mengáñez lanzado al mundo en busca de un nombre que unir al amor que le consumía.

Nobio luchó.

Mientras el hombre busca títulos para su dicha, la mujer abre su corazón á las futilidades ridículas de la presunción. Alejó de sí al noble plebeyo, y acogió con delicia las insinuantes aproximaciones de un elegante, de un titulado, que dejaba embohecer los timbres de sus antepasados entre la vagancia y el vicio.

Su femenil orgullo no halló dique, y hundióse en el lodo la que, sedienta de honores, torció su camino.

Fue su deshonra el golpe de muerte para su padre, y el fiel servidor sintió, como su dueño, el latigazo de la ignominia, y juntos bajaron al sepulcro, á llorar sus desgracias, los constantes compañeros.

Al llegar Mengáñez á este punto de su triste historia, guardó silencio, y luego, como si hablase consigo mismo, añadió: Fue una víctima del orgullo tonto, de la presunción ridícula. ¡Pobre niña que jugó conmigo! ¡Has vuelto al mundo, al hijo de tu criado, á tu verdadero dueño, cuando la miseria y el vicio te arrastraron á la fosa, para que el despreciado te llorase poniendo flores sobre tu tumba!

LUIS MASCAYAS Y RIBRA.

EL DOCTOR CENTENO.

En el imperceptible curso de un filete nervioso adivinaba Mengáñez la marcha de la fuerza á un centro; el veía el delgado hilo atravesar pequeñas células, perdidas como se pierde el arroyo para luego aparecer llevando la vida y el impulso á un núcleo mayor, como el río que muere en el mar.

Mengáñez escribaba con el escalpelo hasta donde la deficiencia material le permitía, y al llegar al límite; hasta el punto en que la ablada punta obstruye en vez de descubrir, en que el filo parte sin disecar, Mengáñez arrojaba los instrumentos quirúrgicos y, no ya con los ojos, que trataban por más allá; no con la vista material, que nada veía, sino con los ojos de la inteligencia, con la vista de la razón, proseguía interrumpidos cursos y veía las extrañas anudaciones de los tejidos en las microscópicas células.

Aquella tarde me llegó al antitéatro, ansioso de estudiar en mi amigo, como él lo hacía en los cadáveres, me llevaba allí, como á él, el afán de observar, si bien yo estudiaba la vida que se manifiesta en actos, y no la que se deja adivinar en la inercia. Esperaba verle en aquella interesante situación que infundía en él el trabajo; necesitaba verle en su imponente grandeza, para traducir los rasgos de su carácter en una obra mía. Yo iba en busca del que me reservaban todos los días, y no le encontré.

En la mesa de Mengáñez vi un cadáver lavado en una sábana, y casi sobre él, con la cabeza en el duro mármol, cubierto el rostro con las manos, estaba Mengáñez. Quedéme parado; ni el ruido de mis pasos en las losas habían distraído á mi amigo; le llamé; no sé qué extraño presentimiento me infundió cierto religioso respeto, no usado en aquel lugar, y de puntillas, sin mover ruido, me llegué á tocar en el hombro al estudiante.

Mengáñez levantó la cabeza, y con la voz del que despierta de fatigosas pesadillas: ¡Hola! —me dijo, sin contener el llanto que ahogaba.—¿Qué te pasa?—le pregunté.—Me miró asombrado, con ojos de idiota, y preguntando sus labios con una sonrisa indecible, más parecida á un gesto de dolor que á una expansión alegre, murmuró estas frases incoherentes de opaco eco.

¡Ella! ¡Mira! ¿qué bonita está!—Mire el cadáver. ¿Fue la luz que le hería de lleno? ¡Fue mi estado al ver á mi amigo? No lo sé; quizá una reciente herida de mi corazón, que se abrió de nuevo; pero al ver á aquella mujer, sobornadamente hermosa, lloré también; un pudor inconsciente me hizo cubrir su pecho, y Mengáñez, al sentir en mí cómo repercutía su dolor, ¿no la conoces—me dijo—y lloras?—Vámonos, repliqué, temblando por mi amigo, que daba lástima en su aflicción.—¡Si, vámonos—contestó dando un suspiro—vámonos, y ya te contaré quién es ella.

Un dejo de Mengáñez acompañado á sus últimas frases, y salimos de allí silenciosos, como el que sale de la alcoba de un enfermo.

Fue una historia dolorosa, una de esas confidencias que dejan en el alma el amargor de la hiel y la desconanza en ciertas afecciones, las más santas.

Mengáñez, hijo de un soldado, de un fiel asistente del general X, se había criado en casa de éste, entre el cariño de su padre, la rigida autoridad del jefe y el cariño de Elena, la hija del veterano, que en su niñez veía en el hijo del compañero de su padre, no el heredero de la servidumbre, sino el hijo de quien cien veces expuso su vida por salvar la del bizco militar.

En apartado pueblo de Aragón, en honrado hogar, dulces transcurrieron los primeros días de Mengáñez; Elena y él crecieron juntos como juntos crecen en el valle la aristocrática camelia y la humilde ortiga; como las plantas que de la misma tierra sacan sus jugos, como los tallos á los que mece la misma brisa, se atraen y se estrechan, el cariño de los dos niños confundidos en sus caricias, era el nuevo lazo que unía las almas de los dos viejos soldados.

Ninguna sombra empañaba la vida de aquellos cuatro seres que formaban una sola familia; pero Elena creció; elevóse la camelia sobre la ortiga; el viento, acaso, cantó entre sus hojas el himno á su belleza, y nació el orgullo en la flor, que desdenó al pobre brote que la apoyó en su principio. Mengáñez trocó por ardiente pasión el fraternal cariño que á Elena le unía, y con la primera manifestación de la orgullosa actitud de la aristocrática, colució el primer sueño de amor en Mengáñez.

Trocóse por completo la vida de aquellos dos seres, y el desprecio de Elena rehuyó á la presunción del que un día fué su hermano. Después, luchas sin cuento, crueles horas en que la razón y el corazón batallan, y Mengáñez lanzado al mundo

Prato. Situación monetaria de los Estados Unidos. El Gito mudo en Filipinas. La mejor noticia de la Bolsa. Bolsas extranjeras y cotizaciones de los principales Bancos de Europa.

El vapor correo francés Washington salió de la Habana el 16 del actual, con destino a Corna y Santander.

PROVINCIAS

El vapor correo francés Washington salió de la Habana el 16 del actual, con destino a Corna y Santander.

En el pueblo de Carmona (León) se declaró ayer un violentísimo incendio que redujo a cenizas 14 casas.

En el barrio de Necedal, perteneciente a San Juan de los Rios, asaltaron anoche a las nueve una familia de ocho individuos, armados hasta los dientes.

En el barrio de Necedal, perteneciente a San Juan de los Rios, asaltaron anoche a las nueve una familia de ocho individuos, armados hasta los dientes.

Con este título publicó nuestro estimado colega de San Sebastián La Juventud Republicana, un artículo que mereció los honores de la denuncia.

Con este título publicó nuestro estimado colega de San Sebastián La Juventud Republicana, un artículo que mereció los honores de la denuncia.

Anteayer rincón en Comil (Só) los vecinos de Fuentes y Felipe Sánchez, resultando seriamente herido de un garrotazo que lo ocasionó su muerte.

En Valdeolvid, en la posada del Campillo de San Andrés, un mozo maltratado bárbaramente por un mozo de diez y siete años, llamado Gregorio García, produciendo una fuerte contusión en la cara y una herida grave en el pecho.

En el pueblo de Carmona (León) se declaró ayer un violentísimo incendio que redujo a cenizas 14 casas.

En el barrio de Necedal, perteneciente a San Juan de los Rios, asaltaron anoche a las nueve una familia de ocho individuos, armados hasta los dientes.

En el barrio de Necedal, perteneciente a San Juan de los Rios, asaltaron anoche a las nueve una familia de ocho individuos, armados hasta los dientes.

CUARTELLAS AJENAS

El celoso equilibrista que ha variado tan hábilmente manteniendo el balanceo político, ha perdido completamente el equilibrio, y se caído es inevitable.

La buena estrella que lo favoreció en sus libertades y sorprendentes juegos políticos, lo abandonó en la ocasión más difícil y comprometida.

Si Cánovas y Sagasta, ministros á perpetuidad en la monarquía de Alfonso, no se han retirado a tiempo, porque están muy lejos de ser sabios; si los liberales, que se desvanecieron oportunamente de la escena política, y librado al país de la deshonra y miseria á que lo han conducido con sus desafortunados y con sus nunca satisfechas ambiciones.

Con este título publicó nuestro estimado colega de San Sebastián La Juventud Republicana, un artículo que mereció los honores de la denuncia.

Quien será el vencedor en tan empeñada contienda? Este es un por qué de las cosas, tan curiosas, tan curiosas de entendimiento como ambiciosas, haya de derramarse sangre de invidias de víctimas inocentes.

La batalla se prepara para comenzar y se va haciendo cierto punto responsable, el vicario pastor habrá dicho á quien corresponde, que si llega el caso de que el país se subleve contra los ruidos impuestos del estadista castellano se verá obligado á ametrallar al pueblo en su defensa de lo que no queremos ni nombrar.

La comisión de Hacienda del Ayuntamiento representada en la próxima sesión del sorteo de 3.10 obligaciones reembozadas del empréstito de 1886, y garantía de ellas con premio, siendo el mayor de 1.00 pesetas.

Por iniciativa del Sr. Azuñara mañana quedará instalada una estufa de desinfección en la estación del Norte.

El teniente alcalde del distrito del Centro ha ido esta mañana una visita en las labores, cañes y fondos del distrito, decomisando gran cantidad de viveres y utensilios en mal estado.

En la sesión de la tarde de mañana en el Ayuntamiento figurarán, entre otros, los siguientes asuntos: Subasta por cinco años del servicio de arrastres de materiales de Parque y Jardines.

El Sr. Fernández Morales hará la renuncia tan pronto como oficialmente se le comunique la gracia de que ha sido objeto, porque entiende que la mejor recompensa de los servicios prestados, es la satisfacción de haberlos llenado con tanto celo como desinterés.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

Como anunciábamos en nuestra edición de la mañana, los ministros se han reunido en Consejo esta tarde, á las cinco, en el palacio de la Presidencia.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos.

Pensamientos, Anécdotas

Y CHISTES CANTARES Yo conozco á una gachita que está tan descolorida como el vestido de mallas. Cuando te acorces al mar que vayan á hacer las aguas lo que no hizo el Guernica.

FOLLETÍN DE EL IDEAL

Algunos rasgos de generosidad popular se mezclaron á los rugidos de aquellas flores sedientas de sangre; no faltaron combatientes que protegieron bajo su responsabilidad á los vencidos, y que se sacrificaron por salvarlos. Maillo y Chabot, enviados para arreglar á los grupos, fueron acogidos con los gritos de ¡Mueran los tiradores!

LOS GIRONDINOS

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada orden suya traía la degradación á sus amigos; la carneficación los decimaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

LOS GIRONDINOS

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada orden suya traía la degradación á sus amigos; la carneficación los decimaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

LOS GIRONDINOS

El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada orden suya traía la degradación á sus amigos; la carneficación los decimaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

